

Pues este pertinaz, que mas desea
La muerte del contrario que su vida,
Por mas que ve á los suyos de caida,
No pierde su furor en la pelea;
Antes mejor que nunca se rodea
Con la pesada porra descreida,
Tan fiero, espumajoso y emperrado,
Que es cuerdo quien procura dalle lado.

Alcanza con un golpe á Quiracolla,
Y aprénsale los cascos sobre el pecho;
A Lleuto deja manco, á Chul conrecho
Y toda la faicion á Rulco abolla;
Celadas, picas, bárbaros (37) arrolla,
Por todos va llevándolos á hecho,
Sin que repare ó mire quien le hiere,
Que ya morir matando solo quiere.

Mas visto lo que pasa, tres varones
Con el divino autor de la Araucana,
Queriendo refrenar su furia insana,
Batieron contra el Indio los talones;
Y danle tan terribles encuentros,
Que á su pesar el bárbaro se allana,
Poniendo las espaldas con el suelo
Y las curtidás plantas en el cielo.

Cargaron cudiciosos al momento
De los amigos indios maltratados,
Por verse del incrédulo vengados
Y desquitarse del á su contento;
Mas él se defendió de mas de ciento
A coces, á puñadas y bocados,
Hasta que al fin al número añadido
Difícilmente fué rendido.

En esto esotra gente del pantano,
Que ya sufrir el dano no podia,
Del todo por las aguas se metia
Alzando del combate el pié y la mano;
Y en fin, al bosque lóbrego y cercano
Tomaron por la cienaga la via,
Quedando su pestifera hondura
Hecha de muchos cuerpos sepultura.

No fueron del Católico seguidos,
Por ser lugar tan áspero y fragoso,
Y para entrar por él dificultoso
A causa de los árboles tejidos;
Fuera de que jamás con los vencidos
Usó del crudo filo riguroso,
Sino del mas snave y mas templado
El noble corazon de don Hurtado.

Demás de que, saliendo del tridente,
Entraba recogiendo los pastores
Aquella que confunde los colores
Y al trabajar enfrena la corriente;
Mostró con ella el prado mustia frente,
Quedando como languidas las flores,
Y era que into el orbe se ponía
Por denotar las muertes deste dia.

Los nuestros de la noche convidados,
Y del trabajo duro constringidos,
Privando del sentir á los sentidos,
Suspenden, sin descuido, sus cuidados;
En tanto pues que duermen los cansados,
No es bien que yo despierte los dormidos,
Que desto servirán mis cantos muertos,
Y no de que se duerman los despiertos.

No teme verse Dios necesitado
Para que no castigue en su hacienda,
Aunque cual justo padre en la contienda
Castigue mas al hijo que al criado;
Mas cuando vive el tal desenfrenado,
Y el hijo sujetándose á la rienda,
No quiere Dios ni debe hacer tal yerro
Que quite al hijo el pan por dallo al perro.

Mil pruebas tiene desto lo profano,
Y en el volumen sacro las tenemos,
Mas ¿para qué tan léjos las queremos,
Teniéndolas aquí tan á la mano?
Mientras sulcó el ejército cristiano
En Chile el mar del vicio á vela y remos,
Jamás gozó de prospera fortuna,
Porque sin Dios mal puede haber alguna.

CANTO XII.

Hace Galvarino una inveciva, reprehendiendo á los indios amigos, que le traen preso para ser justiciado. Mándole cortar las manos, donde muestra el indio su crecido esfuerzo y obstinado corazon, instando en que le den muerte; mas envíanle vivo por ejemplo á su tierra. Cuéntase lo que á Tucapel y Gualava sucedió en el bosque, prosiguiendo su extraña y maravillosa aventura. Parece Talgueno vivo ante ellos, habiendo sido ya llorado por muerto; promete contar las grandes cosas que le han pasado. Dase en la moralidad y principio del canto la razon de ser los indios antes del nuevo Gobernador siempre vencedores, y despues en su gobierno vencidos.

Es el inmenso Apó (38) tan justiciero,
Que no hay dejar amigo ni enemigo,
Aquel sin premio ni este sin castigo,
Cumplido el plazo y término postrero;
A todos lleva Dios por un rasero,
Al grande, al chico, al próspero, al mendigo,
Que todos han de ser en esto iguales
Asi como lo son en ser mortales.

¡Oh cuánto sufre, pasa y disimula,
Haciéndose del sordo, ciego y mudo!
No para que sospeche el hombre rudo,
Que su poder sin limite se anula,
Mas porque se aproveche desta bula,
Y no lo espere hacer al punto crudo,
Porque es como el pastor con su ganado
Que sabe usar del silbo y del cayado.

Procure pues el hombre estar alerta,
Y mire que si el tiempo gasta en vano,
Cuando se juzgue en medio del verano,
Dará el invierno golpes á su puerta;
Y aunque este llegue tarde, es cosa cierta
Haber de parecerle que es temprano,
Porque jamás lo espera ni previene
Y hasta que está sobre él no ve si viene.

Al paso que dilata Dios la pena,
Su culpa el hombre ingrato multiplica,
Con que su causa el uno justifica,
Y el otro por la suya se condena;
Pues aunque la divina mano llena
No es menos franca y pródiga que rica,
No hay cosa tan menuda ni olvidada
Que no la tenga vista y apuntada.

¿Quién como nuestro Dios en lo criado
Que allá sobre los ángeles reside,
Y á nuestras causas minimas preside
Como si no tuviera mas cuidado?
El es quien al sayal como al brocado
Siempre con una propia vara mide,
Sin aceptar linaje de persona
Desde el cayado al ceiro y la corona.

Bien es verdad que léjos de intereses,
Castiga Dios con mano mas pesada
La conocida res de su manada
Que las que no conoce por sus reses;
Mas como todos son sus feligreses,
Y viven por el tiempo que le agrada,
A todos por su bueco y por su malo
Hace probar al fin del pan y el palo.

No teme verse Dios necesitado
Para que no castigue en su hacienda,
Aunque cual justo padre en la contienda
Castigue mas al hijo que al criado;
Mas cuando vive el tal desenfrenado,
Y el hijo sujetándose á la rienda,
No quiere Dios ni debe hacer tal yerro
Que quite al hijo el pan por dallo al perro.

Mil pruebas tiene desto lo profano,
Y en el volumen sacro las tenemos,
Mas ¿para qué tan léjos las queremos,
Teniéndolas aquí tan á la mano?
Mientras sulcó el ejército cristiano
En Chile el mar del vicio á vela y remos,
Jamás gozó de prospera fortuna,
Porque sin Dios mal puede haber alguna.

Mas cuando ya, mudándoles la guia
Con el piloto diestro mendocino,
Dejaron su derrota y mal camino,
Tomando nuevo rumbo y otra via,
Pasóseles la noche y vino el dia,
Soplóles el espíritu divino,
Ganando al enemigo el barlovento,
Como parece claro por mi cuento.

Dos veces los derriban de sus cumbres,
No porque agora fuesen menos fuertes,
Mas porque van trocándose las suertes
Al paso que se truecan las costumbres (39);
Que aquel por nombre el Padre de las lumbres,
De vidas es autor, que no de muertes,
Y así no mata Dios, mas bien mirado
A cada cual le mata su pecado.

Bien se pensaba ser un hijo polo
Araco en sus vitorias y blasones,
O por tener tan bravos escuadrones
Tener á su mandar la luz de Apolo;
Y el crudo Galvarino por ser solo,
Bien se creyó pasar entre renglones,
No viendo, por estar de lumbre falto,
Que nada se le pasa á Dios por alto.

Patente está el engaño del primero,
Pues ya en las dos batallas que ha tenido
De siempre vencedor se ve vencido,
Y es porque va el Garzon por otro apero (40);
Y para que sepais el del postrero,
Como llevó tambien su merecido,
Oid, Señor, un tanto si os agrada,
Y entonaréis mi voz desentonada.

Ya debe estar alguno descontento
De ver lo que le tardado en este punto,
Mas no lo dice el hombre todo junto,
Por no tener angélico talento;
Ultra de que es el blanco de mi intento,
Que entre estos cantos suene un contrapunto
De cosas del espíritu morales
Para que tengan música los tales.

Siguiendo pues el hilo de la historia,
En lo que vino á ser de Galvarino,
Despues que por su misero destino,
Cantaron los hespéricos vitoria;
Asi como á Titán le fué notoria,
Apresuró por verla su camino,
Y por tomar á Tétis residencia,
Que gobernaba el mundo por su ausencia.

No bien al trono claro del Oriente
A presidir el délico subia,
Y de miralle el prado se reia
Limpiándose las rugas de su frente;
Cuando un crecido número de gente
Acompañando al bárbaro venia,
Asi porque pudiesen con el preso
Como por ver el fin de tal suceso.

En medio viene el Indio maniatado,
Sirviendo á los demás de mofa y juego
Y echando por los ojos vivo fuego
Su rostro ferocísimo y airado;
El cual, de golpes cárdeno, y manchado
De polvo, sangre, y mas de enojo ciego,
La tierra turba y fiero en torno mira
Y al techo celestial envuelto en ira.

Vestido de una rota camiseta,
Que deja el muslo casi descubierta,
Con arrogante paso y cuerpo yerto
Camina al ronco son de una corneta;
Grita le da la cáfila indiscreta,
Y todos gran lanzada á moro muerto,
Mas él encara en ellos de tal modo,
Que con mirar se paga bien de todo.

Estira por quebrar el atadura,
Que como esta fortísima y revuelta,
No solo no la rompe ni la suelta,
Mas antes apurándola se apura;
Y lleno de infernal desenvoltura,
Al menos con la lengua que está suelta,
Los hiere, los baldona, los agravia,
Diciéndoles asi deshecho en rabia:

(41) «¿Pensais que por llevarme desta suerte
Ya me teneis vencido, vil canalla,
O que forzado voy á la batalla
Y riguroso trance de la muerte?
Pues entended que el golpe menos fuerte
Y mas á mi contento es el pasalla;
Por mas pesado tengo y mas esquivo
Quedarme de vosotros hombre vivo.

» Mas aunque no lo puede hacer mi diestra,
No dejo de morir con alegría,
Muriendo por la dulce patria mia,
Que es una misma cosa con la vuestra;
Y no es mi voluntad llamarla nuestra,
Por no contarme en vuestra compañía,
Ni conceder, oh Chile, que te llames
Engendrador de hijos tan infames,

» ¿De qué nación tan bárbara se sabe
Que ofenda su linaje y propia tierra,
Por excusar el peso de la guerra,
Juzgando que el servir es menos grave?
Traidores, en vosotros solo cabe
Y en esos pechos pérfidos se encierra,
Segun lo que tenemos hoy delante,
Atrocidad y crimen semejante.

» Por no sufrir el peso de la lanza,
Un peso para el hombre tan pequeño,
Sufris cargar la leña y aun el leño,
Que suele ser la parte que os alcanza;
Ponedme cada peso en su balanza.
Veréis, si ya no estais en torpe sueño,
Que al cielo va de leve la primera,
Y al suelo de pesada la postrera.

» ¿Que déis la libertad, indignos della,
Por ser contra nosotros, en batalla?
¿Qué mas pudiera hacerse por buscalla
De aquello que habeis hecho por perdella?
Asi que asi no veis que sin tenella
Andais con el acero y con la malla,
Sin excusar trabajo de algun modo,
Sino que le teneis doblado en todo.

» Pues si pasais la misma pesadumbre
Tan libres como siervos, gente dura,
¿No fuera mas honor y mas cordura
Pasalla en libertad que en servidumbre?
No veis que un libre tiene dulcedumbre
Para poder templar el amargura
Del áspero trabajo mas acerbo,
Lo cual es imposible siendo siervo.

» La natural premática, no manda
Que por la cara patria los mortales
Padezcan todo género de males,
Aunque hayan de morir en la demanda?
Mirad que cometeis maldad nefanda,
Pues va contra las leyes naturales,
Y que es mostruosidad tan gran flaqueza,
Pues quita lo que da naturaleza.

» Paréceos que es mas licita la guerra
Contra el pariente propio y el amigo
Que con extraño y áspero enemigo,
Tirano usurpador de vuestra tierra?
Y si temor el ánimo os atierra
Para seguir la causa que yo sigo,
Temed morir mil veces con deshonra,
Y no una vez que muero yo con honra.

» Yo muero, casta vil, porque defendo
La tierra que pisais y os ha engendrado;
Vosotros por haber degenerado,
Pensando que vivis, estais muriendo;
Envidia me teneis á lo que entiendo,
Yo lástima y pesar de vuestro estado,
Y de que deo carnes como aquestas
En suelo que tal gente sufre á cuestras.

Su justa increpacion dejó con esto,
Y todos los amigos que escuchaban
Turbados y perplejos se miraban
Tan solamente hablando por el gesto;
Con que cesó el escarnio descompuesto,
Y la confusa grita que le daban,
Quedando á su decir enmudecidos,
Y del vencido bárbaro vencidos.

Mil cosas en lo hondo de su pecho
Sus rostros en el suelo revolvián,
Que alzarlos al del Indio no podían,
Por ver lo bien que ha dicho y mal que han hecho;
Hasta que ya pasado poco trecho,
Llegaron al paraje do venían
Para que fuese el preso justiciado,
Segun la gravedad de su pecado.

En cumplimiento pues de lo que digo,
Le sentenciaron luego los hispanos
En que se le cortasen ambas manos,
Para terror y ejemplo al enemigo;
Porque, temiendo el áspero castigo,
Dejase de seguir intentos vanos.
Y á trueque de no vérselas cortadas,
Las manos á la paz viniese atadas.

En siendo pronunciada la sentencia,
No bien se las hubieron desatado,
Cuando con ademan desenfadado,
Una tras otra ofrece en competencia;
Y sin juicio, rastro ni apariencia
De temeroso, triste ni turbado,
Mas animoso, alegre y con sosiego
Pide que se las corten luego, luego.

Encima de un tablon sentó la diestra
Con tanta voluntad y leda cara
Como si en la de alguno la sentara,
Teniendo ya en el aire la siniestra;
Y dijo así: «Cortad la muerte vuestra,
Cortad las que las vidas os cortara,
Que para mí es la gloria deste hecho,
Como para vosotros el provecho.»

Saltó del crudo golpe la derecha,
Y con estar de vida ya privada,
Quedó tan bien impuesta y enseñada,
Que al rostro de un cristiano fué derecha;
Mas poco del encuentro satisfecha,
Se revolvió en la tierra ensangrentada,
Adonde haciendo arañas y señales,
Lá dió de sus espíritus vitales.

No se despide bien de su muñeca
Sin sombra de dolor la diestra fuerte,
Cuando la que es y fué siniestra en suerte,
Lugar con la truncada mano trueca;
Y cual si la tuviera el dueño seca,
O fuera de otro cuerpo desa suerte,
Recibe en ella el golpe tan sin miedo
Cuanto con rostro firme y brazo quedo.

Y no tan presto vuela deslazada
Del corporal arnés la fuerte pieza,
Cuan presto baja el Indio la cabeza
Tendiendo la cerviz jamás domada;
Y en el tablon de bruzas arrojada,
La tiene sin moverse en larga pieza,
Diciendo: «Dadme aquí tercer herida,
Veremos si á las tres va la vencida.»

«Meted el filo ya por ese cnello,
¿Por qué dudáis, malditos, de segallo?
Pues todo el bien os viene de cortallo,
Y todo el mal á mí de suspendello;
Mirad vuestra ganancia en concedello,
Que si mirais mi pérdida en negallo,
Vuestra pasión es tal, rencor y enojo,
Que por sacarme dos daréis un ojo.»

«No me entendeis? Pues digo desta suerte,
Quizá mi petición será admitida,
Que por hacerme el mal de darne vida,
Os quitaréis el bien de darne muerte;
Mas si me dilatais el trago fuerte,
Por solo ver si quiero su bebida,
¿Qué prueba ni señal quereis mas firme
De que la quiero yo, que no venirme?»

«Oh! si acabar conmigo yo pudiera
Aborrecer la muerte aborrecible,
Porque, segun mi suerte, es infalible
Que por el mismo caso me viniere;
Oh si fingillo licito me fuera!
Mas esto, como esotro es imposible,
Pues aunque mas redunde en mi provecho,
No es para mí fingir cobarde pecho.»

«Yo juro al potentísimo Pillano
Que si una mano sola poseyera
Nunca las vuestras débiles pidiera
Que diesen á mi vida sacomano;
Mas no dejarme alguna fué mas sano,
Si acaso pretendeis que nunca muera,
Porque si no es mi mano la homicida,
¿Qué mano me podrá quitar la vida?»

Tales bravezas y otras les decía,
Por solo que los nuestros de escuchalle
Viniesen irritados á matalle:
Tanto el vivir amable aborrecia;
Mas viendo ser inútil su porfía
Y que con vida al fin querían dejalle
Para que á todos fuese ejemplo vivo,
Estuvo por un rato pensativo.

Mas luego se levanta de la tierra,
Y puesto con desden en pié derecho,
Les dice: «Agora sé que teneis pecho
Con que poder sufrirnos en la guerra,
Pues ánimo y valor en él se encierra
Para tan atrevido y raro hecho,
Como es dejarme vivo y agraviado,
Habiendo conocidome y probado.»

«Debeis de sospechar que ya no puedo,
Estando así, dañaros de algún modo;
Pues mientras no me veis deshecho todo,
Yo os digo que podeis tenerme miedo;
Porque si no pudiere alzar el dedo,
Alzar podré la voz y dar del codo,
Y aunque me falten manos, tengo mano
Con el cabildo y cónclave araucano.»

«Allá les voy á dar este mensaje,
Y breve os volveré con la respuesta.
Sin mas decir, cual vira de ballesta
Se parte el contumaz de aquel paraje;
Y lleno de ardentísimo coraje
A cielo, á tierra y piélagos denuesta,
Mirándose los troncos desagrados,
Que casi va comiéndose á bocados.»

Aquí, Señor, veréis abiertamente
Si fué profeta el jóven Ormpello (42),
Y como no es de esencia para sello
Tener la crisma y balsamo en la frente;
Que bien lo puede ser pagana gente,
Pues testimonios hay en prueba dello,
Si vale aquel tan célebre de aquellas
Gentiles y proféticas doncellas.

Mas ¿para qué sin término metemos
La peligrosa hoz en mies ajena?
Allá lo trate el docto, enhorabuena,
Y acá del crudo bárbaro tratemos;
Aunque mejor será que lo dejemos,
Y en tanto que desfogamos tanta pena,
A Tucapel, si os place, nos volvamos,
Que en el rumor del bosque lo dejamos.

En pié se puso intrépida Gualéva,
Cebando, cual dijimos, el oído
En la vecina parte del ruido,
Adonde su azorada vista ceba;
Y si adelante el ánimo la lleva,
La vuelve el casto amor de su marido,
Mas ella, que cumplir con ambos quiere,
Espera firme allí lo que viniere.

Estando pues la dama en tal paraje,
Alerta y puesta á punto la persona,
Que representa á Vénus y á Belona
Al vivo en la belleza y en el traje;
Echó de sí rompiéndose el boscaje
Una feroz y rábida leona,
Espumajosa, fiero y enojada,
Las uñas y la boca ensangrentada.

La bárbara, que ve la salvagina,
No teme, no se turba, no se corta,
Mas todo lo posible se reporta,
Enviando al corazón la sangre fina;
A tal sazón la estrella matutina
Con sus alegres rayos la conorta,
Y aun visto de Gualéva el traje y traza,
La juzga por la Diosa de la caza.

Mas presto la de Cipro ve que yerra,
Hallándola en su ser de humano velo,
Porque Gualéva viéndola en el cielo,
Se pone de rodillas en la tierra;
Aquellas blancas manos alza y cierra,
Por toda la cerviz tendido el pelo,
Y levantando voz y rostro junto
Invoca su favor en este punto.

«Oh tú deidad sagrada, oh Vénus bella,
De aquel tercero polo moradora,
Alegre mensajera de la aurora,
Oh símbolo de amor, oh clara estrella!
Pues sabes lo que puede su centella
Y el bien y mal de un alma que le adora,
No niegues tus favores á esta mia
En tan dudoso trance y agonía.»

«Por atajar la muerte de mi amante
Quiero poner la vida en aventura,
Entrando en desigual batalla dura
Con esta bestia cruel que ves delante;
Pues, oh luz alma y astro rutilante,
Renueva en tu memoria el amargura
Que un tiempo te causó tu dulce amado
Del fiero jabali despedazado.»

«Advierte lo que entonces tú sentiste,
Y sientelo que agora yo sintiera
Si al dueño de mi vida muerto viera
Segun al de la tuya muerta viste;
Excusa un espectáculo tan triste,
No pagues al amor de tal manera,
Y mira que pues eres madre suya,
La causa que defendiendo es propia tuya.»

Apenas puso fin al justo ruego,
Cuando el planeta amigo de repente
Lanzó de sí una luz resplandeciente,
Al tallo que una flámula de fuego;
Con que se puso en pié Gualéva luego,
Sintiéndose ya de ánimo valiente
Y llena de alborozo y alegría,
Sin atinar de adonde procedía.

El rústico animal estando en esto,
De súbito volvió su vista brava
A la vecina parte donde estaba
La bárbara esperándole en el puesto;
Pues vistó su despojo manifiesto
Y que tan buena presa le esperaba,
Bajándola sacude su cabeza
Y allá sus lerdos pasos endereza.

La Tucapela viéndola que viene,
El blanco pié no mueve temerosa,
Cual hizo la de Piramo famosa,
Segun allá su fábula contiene;
Mas al combate rigido previene
Su tierna mano cándida y hermosa,
Poniéndola con término extremado
Al cortador allanje de su lado.

El fiero Tucapel, que vive apenas,
Y de su sangre corre un grueso río,
Del mismo aprieto saca fuerza y brio
Llenándose de cólera las venas;
Y con facilidad, estando llenas,
Levanta el cuerpo lánguido y tardío,
Mostrándose tan ágil y liviano
Como si ya estuviera bueno y sano.

Cual suele acontecer en un doliente
A tal flaqueza y término llegado,
Que ya para volverse de algún lado
Ha menester la mano del pariente;
Cuando le da una fiebre de repente
Veréis que salta recio y alentado,
Mandando todo el cuerpo de manera
Cual si tuviese ya salud entera.

Asi tambien el Indio con la fiebre;
Solo del amoroso humor nacida,
Y agora mas ardiente y encendida
Saltó de allí cual galgo tras la fiebre,
O cual frison castizo del pesebre
Si la guerrera trompa es del oído,
O, por hablar mas propio, cual amante
Que el riesgo de su amada ve delante.

Llegóse pues diciéndola en voz clara:
«No temas, Tucapel está contigo,
Ni yo, pues que Gualéva está conmigo,
Cuya memoria ó nombre me bastara;
Con ese tu arco y flechas te ayudara
Si fuera de razon el enemigo,
Que para tí se viene, dulce amiga,
Mas una bestia á palos se castiga.»

«Y cuando no se viera en su figura
Ser animal, cual es, y bruta fiera,
Clarísima señal de serlo fuera
El no rendirse en viendo tu hermosura;
Asi diciendo, aguija á la espesura
Y al mas vecino roble que le espera,
El pié en su tronco puesto, con el brazo
Le quita á fuerza dellos un pedazo.»

Con este vuelve bravo Tucapelo
Adonde su querida le aguardaba,
A tiempo que la bestia ya llegaba
Alzando la cabeza y pardo pelo;
Mas para acometer la baja al suelo,
Y su fogosa vista en Gualéva clava,
La cual con el espada firme espera
El acometimiento de la fiera.

Mas esta, que la mira de postura,
Se muestra perezosa roncoando,
Con los traidores ojos acechando
La entrada por la parte mas segura;
Y cuando le parece coyuntura
Embebe el cuerpo, y súbito saltando,
La embiste por un lado ardiendo en ira,
Mas Gualéva diestramente se retira.

Y dándole un revés con furia esquivo,
Al tiempo del pasar en la pospierna,
Mas fácil que si fuera vara tierna
La carne y hueso á cercen le derriba;
Con que la bestia ardiendo en rabia viva
Y envuelta mucho mas que la de Lerna,
Segunda vez embiste á desgarralla,
Mas aunque mas la busca no la halla.

No estaba en esto el bárbaro baldío,
Que al revolver la coge por un anca,
De suerte que la deja medio manca
Moviéndose con paso mas tardío;
Ya por el muslo vierte un rojo río,
Que no se mengua mínima ni estancia,
Y menos su bestial furor semengua,
Pues ya lo brota fuera con la lengua.

Al monte con bramidos atronaba,
Al cielo espuma en copos escupia,
Con que después cayendo se cubria
Su cuerpo sanguinoso y muestra brava;
La tierra con asombro la miraba,
Turbado estaba el aire que la oia,
Mas juntos aire, tierra, monte y cielo
Gozaban de Gualéva y Tucapelo.

Tras quien el animal encarnizado
Se lanza á devoralle sin remedio,
Si no se pone la India de por medio
Poniéndole á la boca su terciado;
Mas como por extremo va enojado,
No espera ni repara á ver el medio,
Metiéndose furioso por la punta
Hasta que con la cruz la boca junta.

Aquí soltó la bárbara su espada,
Huyendo el bello rostro y brazo fuerte
De aquellas duras garras de la muerte,
Y no se vido dellas casi nada;
Porque la bestia en cólera banada
Por el carcaj la traba de tal suerte,
Que la hace dar de espaldas en la tierra
Por solo habéllas vuelto en esta guerra.

Allí la desmembrara y deshiciera,
A no faltalle fuerza y vida junto,
Asi porque el marido en este punto
Le descargaba el tronco en la mollera,
Como porque la punta carnicera,
Que sus entrañas cose, daba el punto
Con que el mortal vestido se acababa
Y el hilo de su vida se cortaba.

Tendióse con el último bramido,
Que estremeció las cumbres y los llanos,
Y habiendo ya estrado pies y manos,
Quedó sin movimiento ni sentido;
Con esto, asegurado su partido,
Gualeva levantó sus miembros sanos,
Corrida por extremo y vergonzosa
De haber al fin mostrádose medrosa.

Mas este corrimiento vergonzoso
El rostro le regó con sangre fina,
Sembrado de azucena y clavellina,
Tornándole, si pudo, mas hermoso;
Y como del combate congioso
Un tanto de sudor por él camina,
Parece fresca rosa no tocada,
Del matutino aljofar coronada.

Así tan enojada cuanto bella,
Cerró con el cadáver de la bruta,
En le quitar la vida resoluta
Si á dicha le quedase rastro della;
Mas viendo que del todo falta en ella,
Aquel enojo y cólera conmuta,
En gozo y en contento desmedido
Volviéndose con él á su querido.

Echado por los hombros el cabello,
Y el corazón abierto con los brazos,
Ya fuera de peligros y embarazos,
Le busca para echárselos al cuello;
Y como él iba en busca della y dello,
Halláronse con íntimos abrazos,
Donde se dan tras guerra desabrida
Sabrosa paz mil veces repetida.

«Al fin había de ser tu mano fuerte,
Le dice Tucapel, aquella mano
Que á mi dudosa vida dió la muerte;
Estando ya en las manos de la muerte;
No pude yo ser libre de otra suerte,
Y la razón amiga está en la mano,
Pues esta sola pudo libertarme,
Que sola tuvo mano en cautivarne.

«No pude yo de nadie ser valido
Mejor que de tu mano valedora,
Ni tú, de quien pudiste ser fautora
Mejor que de quien has favorecido?
No fuera yo de menos defendido,
Ni fueras tú de menos defensora,
Porque esto ni tu punto lo quisiera,
Ni mi valor esotro consintiera.

«Mas como fué, Señora, justo el hecho,
Hanos venido todo tan al justo,
Que siendo tan conforme á nuestro gusto,
Parece que ha fundádose en derecho;
Si nace deste daño tal provecho,
Y tanto gusto sale de un disgusto,
Quiero de hoy mas comprar disgusto y daño,
Y no me llamaré jamás á engaño.»

«A tí se deben dar las gracias deso,
Su amada la responde placentera,
Pues solo tu valor mató la fiera,
Comunicado al duro tronco grueso;
Mas Tucapel dice: «¿Cómo es eso?
¿Tu espada no le dió la muerte fiera?
Y haber quedado así; no es buen testigo
Que está verificando lo que digo?»

Ella replica en puro amor deshecha:
«Quedar así mi espada por memoria,
Es mas que haber mediado la victoria,
Que fué por tí enterada y satisfecha;
Pues medio ni principio; qué aprovecha
Si dicen que se canta al fin la gloria,
Y nadie se corona si primero
No prueba ser legítimo guerrero?»

«Por donde si lo miras desta suerte,
La gloria del suceso á tí es debida,
Y á mí la justa pena merecida,
Por no permanecer en pecho fuerte;
Mas cuando al bruto diera yo la muerte,
¿No es llano que me diste tú la vida?
¿Pues cuánto mas es darla á mi persona
Que habérsela quitado á la leona?»

El Indio en vivas llamas encendido
Le armaba nuevos lazos por el cuello,
Y viendo con el suyo el rostro bello,
A replicar tornaba enternecido:
«Ya yo me diera en esto por vencido,
Si en algo dulce amor pudiera sello,
Mas aunque lo desdigan tus razones,
Yo digo que te quitas y me pones.»

«Mas dado que yo deje convencerme,
Y concediendo ya lo que he negado,
La vida, como dices, te haya dado,
¿Qué tienes dello tú que agradecerme?
Si quise en ese término poverme
Es porque estoy á dármele obligado,
Y de la tuya sé, sabré y sabría
Que pende, penderá y pendió la mía.»

En esta amorosísima contienda
Se están á la sazón los dos amantes,
Diciéndose conceptos elegantes,
Que amor les da larguísima la rienda;
Al fin ninguno dellos hay que entienda
Haber sus fuerzas sídole bastantes,
Mas cada cual se exime de la gloria
Atribuyendo al otro la victoria.

Gualeva la sacude de su palma,
Y Tucapel la vuelve de su mano,
De suerte que se estaban mano á mano
Jugando á la pelota con la palma;
Mas dese, pues entrambos son un alma,
Y por igual han dádose la mano,
Matando entrambos juntos la leona,
A entrambos juntamente lo corona.

Al fin quedó por ambos la porfia,
Y en amorosos vínculos trabados,
Debajo de unos árboles copados
Esperan el crepúsculo del día;
Do, al son de aquella melodía armonía
Enviada por los cuellos entonados
De los acordes pájaros gozosos,
Se mezclan sus anhélitos sabrosos.

Estando en medio desta mezcla y junta,
Brotó un suspiro intrínseco el amante,
Y demudando súbito el semblante,
Al cielo con los ojos dió una punta;
Ella de verle así quedó difunta
Y llena de temor en un instante,
Porque, si bien se mira, los amores
¿Qué son sino solícitos temores?

Y con el accidente mal sufrida
Le pide la ocasión desalentada
De ver la novedad con ella usada,
Diciendo ya celosa y desabrida:
«Tu alegre faz tan presto entristecida
Me tiene con razón maravillada,
¿Qué pudo en el sosiego desta gloria
Alborotar con pena tu memoria?»

«¿Pesar te viene aquí, mi dueño, y cuyo
Estando con Gualeva labio á labio?
¿No ves que á nuestro amor se hace agravio
En preferir algun cuidado al suyo?
Pensaba yo tener domado el tuyo,
¿Y agora me descubres tal resabio?
A fe que está la tuya bien doliente,
Pues tienes mal teniéndome presente.»

Dijo, calló, y quitándole del cuello
Los brazos, que cenides le tenía,
Con muestras de enojada se desvia,
Que poco han menester para hacello;
Y recogiendo el rostro en el cabello,
Al suelo algunas lágrimas envía;
Mirad los que al amor habeis tratado,
Qué no hará con esto de su amado.

Levántase á tenella y aplacalla,
Soldando con su fuego la cadena
Que la mujer quebró de enojo llena,
Y aun quebraban con él cualquier muralla;
Y dicele: «Mi bien, mi Gual, calla;
Que yo diré la causa de mi pena,
Si vuelves para mí tus ojos bellos,
Pues mal podré decirtela sin vellos.»

«Levanta el rostro y mira que te miro;
Mírame pues, que ya por verte muero,
Verás tambien el blanco y el terrero
Adonde fué tirado mi suspiro;
No pienses que con él te hice tiro,
Porque es dudar lo mucho que te quiero,
Y dello tienes hecha, mi Gualeva,
A costa de los dos bastante prueba.»

Mírole ya con esto convencida,
Y no lo estaba menos de la gana,
Sino que la mujer es cosa llana
Que quiere ser en todo competida;
Y aunque su propio gusto la convida,
Si no la dan combate no se allana,
Y es porque solo tiene fortaleza
En ocultar al hombre su flaqueza.

Verdad es que la mueve causa buena,
Porque es por no romper con propia mano;
El velo de vergüenza, si está sano,
Pudiéndole romper con mano ajena;
Pero si ya una vez se desenfrena,
No hay cosa que la pueda ir á la mano,
Mas voyme yo, no digan, si echo el resto,
Que á falta de materia trató desto.

Tornando pues al hilo de mi cuento,
Así como Gualeva alzó los ojos,
Al bárbaro que ante ella está de hinojos,
La dijo así, sentándola en su asiento:
«Si estando en lo mejor de mi contento
Y en medio de tan prósperos despojos
Me vino aquella súbita tristeza,
No fué por inconstancia ni flaqueza.»

«Mas fué por acordarme de un amigo,
Amigo á las derechas, fido y bueno,
Y bueno, pues no es otro que Talgueno,
Talgueno, bien conoces al que digo;
Digo que me libró de un enemigo (45),
Un enemigo tal, que en lo terreno,
Terreno tan valiente no hay ninguno,
Ninguno llanamente, sino es uno.»

«Y este es un tierno jóven floreciente
Que apenas le despunta el vello bello,
Mas aunque tal, encima de su cuello
Está la que es cabeza de su gente;
Y aun pienso que es el otro su pariente,
En el valor al menos pñeden sello,
Pues pudo, combatiéndose conmigo,
Hacerme que dijese lo que digo.»

«Mostraba un cuerpo casi giganteo,
Un ánimo y esfuerzo mas que humano;
Yo tengo para mí que fué Pillano (46),
Porque pensar que es hombre es devaneo;
Pillano fué, que tuvo algun deseo
De combatir conmigo mano á mano,
A fin de que, faltándome en el mundo,
En él pudiese yo tener segundo.»

«Estando pues con este en lid trabada,
No poco de sus golpes apurado,
Con uno el diestro músculo pasado
Y de otro media maza derribada;
Al tiempo de tirarme una estocada
Que, por estar con otros ocupado,
Entiendo te dejara sin tu amante,
Llegó Talgueno y puso delante.»

«Y la furiosa punta rebatiendo,
Al enemigo indomito retrujo,
Con que de muerte á vida me redujo,
La suya en el camino posponiendo;
Entonces yo los ojos revolviendo,
No vide al Español, mas vide un flujo
Que echaba de su sangre penetrado
El misero Talgueno por el costado.»

«El ver la llaga fresca me hizo cierto
De haberla por mi causa recibido,
Sobre tener su cuerpo denegrido
Con otras crudelísimas abiertos;
Mírole el rostro y vísele de muerto,
Mas luego con la trápala y ruido
Se me desapareció no sé por dónde,
Ni agora sé qué tierra ó mar lo esconde.»

«No tuve mas lugar para buscallo
Que para respirar no me era dado,
Y aun pienso que si no me hubiera echado
Por el peinado cerro al fondo valle,
Nuestro partido andaba ya de talle,
Que no sé lo que fuera de tu amado;
Mas ojalá quedara allí tendido,
Porque pagara bien lo bien debido.»

«Tuviera yo á Talgueno compañía,
Pues ya, según le vi, la Parca fiera
Habrá por el metido su tisera,
Y lo que siento mas, á causa mía;
El suelo habrá perdido su valía
Y el cielo de Quidora (45) su lumbrera,
La cara madre Llamoca su abrigo,
Y el triste Tucapel tan buen amigo.»

«¡Oh prueba de amistad jamás oída,
Que quiso con estar de aquella suerte,
Por atajar el filo de mi muerte,
Atravesar la estambre de su vida!
Páreceme que dices, mi querida,
Ser justo mi dolor y aun poco fuerte,
Pues yo me estoy entero entre estos brazos
Y Talgue dividido en mil pedazos.»

«Esta pues fué la causa del suspiro
Y de ponerse triste mi semblante.
«Párecete, Señora, que es bastante?
De solo imaginallo me retiro;
Y en regla de amistad le hago tiro
Con procurar vivir de aquí adelante,
Sin que se ponga en ello punto y pausa,
Muriendo tal persona por mi causa.»

«Por cierto, respondió Gualeva luego,
De gran fidelidad usó contigo,
Gran pérdida nos fué la de ese amigo,
Y tu razón es grande, no lo niego;
Mas si me quieres bien, por mí te ruego,
Así jamás te apartes de conmigo,
Que tiempos tu dolor y pena esquiva,
Pues por ventura puede ser que viva.»

«Oírtelo decir me aflige tanto,
Que el triste corazón desde su asiento
Quiere salir en busca de su aiento,
Y sale por los ojos vuelto en llanto;
Agora, Tucapel, no me espanto
Que en medio de mi gloria y tu contento,
Rompiendo nuestros lazos y estrechez,
Entrese á colocarse la tristeza.»

«Mas esta siempre tiene, bien mirado,
En medio desas dos lugar seguro,
Pues no se vió jamás placer tan puro
Que luego de pesar no fuese aguado;
A la fulgente luz del sol dorado
Sucede el tiempo lóbrego y oscuro,
Y á vueltas de las flores y azahares
Suelen estar los tribulos y azares.»

Tras esto una agua rica destilaba
Sacada de la yerba de Cupido,
El cual con su calor había subido
El húmido vapor que en ella estaba;
Con esta sus mejillas rociaba
Y al Araucano el rostro y el vestido,
Por donde todo aquel lugar olía
A cosa que de casto amor salía.

Mas cuando el rubio padre de Faetonte
Con su copiosa luz había banado
El soto, el valle, el risco y el collado,
Dando perfiles de oro al horizonte,
Gualeva por el pie de un alto monte
Vido venir un indio ensangrentado,
Que casi á cada paso se paraba,
Y al cielo rostro y manos levantaba.

Llegóse á poco rato cerca dellos,
Mas conocer quién fuere no podían,
Porque su rostro cárdeno cubrían
Tupidos con la sangre los cabellos;
Hasta que al fin estando ya sobre ellos,
Y no creyendo apenas lo que vían,
Cerraron todos juntos cuatro brazos
A dar á su Talgueno mil abrazos.»

«¿Qué es esto? Tucapel al cielo clama,
¿Es cosa de fantasma lo que veo?
¿Eres Talgueno? dime. No lo creo,
Ni mi ventura á tanto bien me llama.»
«Él es, responde atónita la dama,
Él es, que no me engaña mi deseo,
Él es», y vuelven juntos á miralle,
Y juntos no se cansan de abrazalle.

Mil veces encarecen su destino,
Mil lágrimas derraman de alegría,
Mil cosas le preguntan á porfia
De cómo se escapó, de cómo vino;
Talgüeno, que también está sin tino
De verse con aquella compañía
Y ver atravesada allí la fiera,
Sacó la voz así del pecho afuera.

«Amigos, el naufragio padecido,
En que, si pudo ser, me vide muerto,
A trueque de surgir en este puerto,
Le tengo por feliz y bien sufrido;
Mas para responder á lo pedido,
Contando de mi suerte el desconcierto,
Demás de ser por sí cosa tan alta,
La lengua y el espíritu me falta.

»En especial, ¿quién hay tan alentado
Que diga en breve término las cosas
Extrañas, estupendas, milagrosas
Que esta pasada noche me han pasado?
Aun dudo si en habiendo descansado
Tendré para ello fuerzas poderosas»;
Con esto se dejó venir al suelo,
Sentándose entre Gualé y Tucapelo.

Razon será que yo también me siento
A descansar con ellos algun tanto,
Que para cosas altas y de espanto
No es ya mi bajo tono suficiente;
Callemos hasta cuando el Indio cuente,
Y empezaremos juntos cuento y canto,
Pues no es menor mi canto que su cuento,
Para que yo con él no tome aliento.

CANTO XIII.

Pártense los dos amigos con Gualé del bosque, guiándolos Talgueno: cuéntales por el camino el proceso de su prodigiosa historia. Llegan al anochecer á la cabaña de unos pastores, adonde, siendo cariñosamente albergados, despues de cena, tratan un poco de la vida pastoril. Concluye el canto con una vehemente sospecha entre los tres, de que Quidora, mujer de Talgueno, estaba mas adentro en la misma choza.

«¿Qué gusto, qué descanso, qué consuelo,
Qué bien mayor, qué bienaventuranza,
Qué gozo, qué placer igual se alcanza,
Qué gloria frisa mas con la del cielo,
Si alguna puede haber en este suelo
Que tenga con aquella semejanza,
Salvo lo que es tener á Dios consigo;
Cuál es sino tener un fiel amigo?»

Él hinche de placer aquel vacío
Que tiene de pesar lo mas interno,
El sabe endurecer un pecho tierno
Y enternecer á tiempo el duro y frío;
El es la fresca sombra del estío,
El es el sol caliente del invierno,
Porque los grandes males son menores,
Y los pequeños bienes son mayores.

En suma, aquel que halla un buen amigo,
Riqueza que de pocos es hallada,
Y casi de ninguno conservada,
Para cualquier borrasca tiene abrigo;
Y aun tiene mas, que es poco lo que digo,
La vida tiene en parte duplicada,
Pues tiene quien por darsela infinita,
En siendo necesario se la quita.

Depongan desto Pilades y Orestes,
Damon y Pitias, Pirito y Teseo,
Leho, Scipion, Dimata con Hopleo
Y aquellos que mataron turcas huestes;
Mas si queréis testigos mas contestes,
Volved atrás, que poco es el rodeo,
Y oid su dicho al dueño de Gualé,
Que solo bastará para la prueba.

Veréis en lo que dice de Talgueno
Cuán buen amigo debe ser llamado,
Si basta ser amigo y aprobado
Para tener el título de bueno;
El cual, aunque ha sentiéndose en el heno,
Ser puede sin escrúpulo asentado
Con otra mejor pluma que la mia
Por uno de la estrecha cofradia.

Sentado pues el bárbaro sangriento
En medio del amante y de su amada,
Les dijo así con voz debilitada,
Cortando á cada sílaba el aliento:
«Mientras que yo descanso en este asiento
Os pido, si decírmelo os agrada,
Que me digais el cómo aquí venistes,
Y desta salvajina os defendistes.»

Gualé le contó lo sucedido,
Por excusar al dueño del trabajo,
De cómo se arrojó del cerro abajo,
Entrando por el bosque entretreído;
De cómo le halló despues tendido
Al pié del roble grueso boca abajo,
Desfallecido el seso y la persona,
Y cuanto les pasó con la leona.

Tras esto Tucapel también le cuenta
Todo lo que á la bárbara le avino
Con Rengo y Leucoton en el camino,
Que ya se habian de todo dado cuenta;
Talgüeno con la mente y faz atenta
Oye el discurso raro y peregrino,
Manifestando bien lo que se admira
En la eficacia grande con que mira.

Despues que le dejaron satisfecho
En cuanto preguntado les habia,
Y febo con sus jáculos heria
A la fecunda Télus fil derecho;
Le dice: «Pues te habemos dado el pecho
Mostrando cuanto en él haber podia,
Razon será que tú nos des el tuyo
Y muestres el mayor secreto suyo.»

Respóndeles el Indio: «Soy contento,
Mas ha de ser dejando el monte oscuro,
Que agora yo no tengo por seguro,
Estando como estamos, este asiento;
Salgamos dél sin mas detenimiento
Y prevengamos bien al mal futuro,
Porque esperar aquí sin fuerza alguna
Será querer tentar á la fortuna.»

«No léjos desta lóbrega montaña,
Si por ventura no he perdido el tino,
En frente de aquel álamo vecino
Unos pastores tienen su cabaña;
Importa que nos demos buena maña
Hasta que bien salgamos al camino,
Que luego en abajando aquella loma,
Por parte menos áspera se toma.»

Aprueba el parecer la bella dama,
Mas Tucapel, con ánimo perplejo
Y echándose el capote y sobrecejo,
Responde convertido en viva llama:
«Mi gran reputacion, mi nombre y fama
Condenan, por salvarse, tal consejo,
Y tú, Talguen, con dármele has manchado
El resplandor del crédito ganado.»

«¿Quién hay ó puede haber si solo es hombre,
Tan léjos de temer la muerte dura,
Que un paso quiera dar en la espesura
A do retumba el eco de mi nombre?
Y cuando tal zumbido no le asombre,
¿Quién ha de ver airada mi figura,
Que luego de pavor no caiga muerto,
O, si se queda en pié, no quede yerto?»

»Por verme estos rasguños y señales,
Que no merecen nombre de heridas,
¿Pensais que son mis fuerzas fenecidas,
Y al ánimo que nuestro desiguales?
Oh pese á cuantas furias infernales
Están en grutas negras escondidas!»
Así diciendo, rásgase las vendas,
Abriéndose las llagas estupendas.

Cual hembra que del hombre maltrada
A causa de la prenda mas querida,
Aquel amor de madre á hijo olvida,
Por verse de su padre en el vengada,
Y arremetiéndolo á golpe y á puñada,
Deshace al niño tierno endurecida;
Así sus llagas rompe el Indio bravo,
Creyendo que ellas son su menoscabo.

Comienzan á correr de cada una
Al punto mil arroyos por el prado,
Tornándole de verde colorado,
De tierra seca en húmida laguna;
Mas Gualé que lo ve sin sangre alguna,
Y sin aliento cierra con su amado,
Diciéndole: «Señor, ¿por qué te ofendes?
Por qué mi muerte ¡ay misera! pretendes?»

«¿Así por desplacerme te desplaces?
Así por maltratarme te maltratas?
Así para que muera yo te matas?
¿Por solo deshacerme te deshaces?
¿Por qué para tan poco tanto haces,
Y el todo por la parte desbaratas?
Si quieres que mi vida se concluya,
¿Por qué ha de ser á costa de la tuya?»

«Acaba, Tucapel, y dime claro
Si quieres dar tu vida por mi muerte,
Para que lo disponga yo de suerte
Que á ti y á mi nos cueste menos caro;
Pues no me ha sido el cielo tan avaro
Que me negase mano y pecho fuerte
Para con ella abrimme sin miedo,
Primero que por mí te falte un dedo.»

Mezcladas éstas cosas que decía
Con blandas persuasiones de Talgueno,
Pudieron ser antidoto al veneno
Que el bárbaro de cólera tenia;
Y poco ya este tósigo podia,
Estando el amoroso allí en su seno,
Porque este deja mansos los leones
Y blandos los mas duros corazones.

En fin, por agradalla mal su grado,
Y por tomar las lágrimas que llora,
Dejó tomar la sangre á su señora,
Diciendo: «Lleguen ya, pues soy forzado;
Que pues me habeis el ánimo ligado,
No es mucho que liguéis mi cuerpo agora,
Mas entended que sola aquella liga
Es quien á consentir en esta obliga.»

Calló con esto el Indio temerario,
Y habiendo segundádole la cura,
Determinó salir de la espesura,
Mas no por parecerle necesario,
Sino por no mostrar querer contrario
Del que su bien y cómodo procura,
Ni ser ingrato al íntimo Talgueno,
Que solo esta razon le pone freno.

No es poco de estimar que tal fiereza
Por freno de razon le lleve y rija,
Y mas habiendo espuela que le alija,
Con puntas de arrogancia y de braveza;
Mas donde hubiere punta de nobleza
No es mucho que una fiera se corria,
Que el pecho que regare sangre noble
Apenas puede ser ingrato y doble.

Aunque era Tucapel desenfrenado
Y de una condicion tan escabrosa,
Era también de sangre generosa,
Que es freno de recisimo bocado;
Y ser de clara estirpe, bien mirado,
Jamás se ha de estimar por otra cosa,
Pues tal estima, en tanto al hombre es buena
En cuanto para el vicio le refrena.

Pues esto al desbocado Tucapelo
En medio de su furia tiene y para,
Porque si no con ella atropellara,
Segun su parecer, al mismo cielo;
Mas aplacado ya desdena el suelo,
Y despedido el ceño de la cara,
Se va con el amigo y su querida
Adonde la leona está tendida.

Y habiendo todos puéstose con ella,
Gualé le sacó su cruda espada,
Talgüeno de la piel ensangrentada
En breve y por entero la desnella;
El fiero Tucapel cubierto della
Comienza con entrambos la jornada,
Y el hijo de la Llamoca en su cuento
Hiriendo á fuerza desta voz el viento.

«Despues que con mortíferas heridas
Y con la que me dio la dura mano
De aquel esforzadísimo cristiano,
Que solo á mas de mil quitó las vidas,
Aquel de pecho y fuerzas tan crecidas,
Que las probó contigo mano á mano,
Aquel que, puesto encima la muralla,
Pudiera estar debajo y sustentalla;

»Despues que ya labrado á hierro puro,
De pica, dardo, alfanje y partesana,
Y sin tener mi cuerpo parte sana
Que de vivir me diese algun seguro;
Despues que me arrojé del alto muro,
Rompiendo por su fuerte barbacana,
Abiertas mis entrañas y redanos
Y de mi sangre echando gruesos caños;

»Despues que ya tratado desta suerte,
Siguiendo la cobarde retirada,
Me despidió de sí la patizada,
No por temer la imagen de la muerte,
Sino porque el amor no menos fuerte
Allí me presentó la de mi amada,
Tras cuya vista angélica llevado,
Por fuerza me aparté del estacado;

»Oí que ya el reloj se apresuraba,
Queriendo dar las doce de mi vida;
Sentí que ya la Parca endurecida
A dividir mis partes se acercaba,
Y vi que como ciego el nudo estaba,
Que al alma con el cuerpo tiene unida,
Por no se detener en desatollo,
Llegaba con tiseras á cortallo.

»Pues como conocí llegar la hora
Y el punto postrimero de partirme,
Quise primero, amigos, despedirme
De aquella que no sé si vive agora,
Para satisfacer á mi Quidora
De que era mi probada fe tan firme,
Que le entregaba el cuerpo en la partida,
Habiéndole entregado el alma en vida.

»Y porque yo sin esto pretendia,
Que viendo fenecer su dulce amigo,
La hiciese amor allí acabar consigo,
Hacerme en la jornada compañía,
De modo que su muerte me placia,
A trueque de llevarme la conmigo,
Y porque, siendo hembra, no quedase
A riesgo de que el tiempo la mudase.

»Confieso que era crudo pensamiento,
Como de quien estaba encarnizado,
Y que el amor fue entonces mal mirado,
Mas, ¿cuándo tuvo el ciego miramiento?
Al fin, despues que yo con este intento
Salté del rojo muro al verde prado,
Me vine para el monte medio á gatas,
Haciendo de las yerbas escarlatas.

»Fallas regando bien por el camino
A costa de la sangre de mis venas,
Hasta que á ver las húmidas arenas
Sudado de correr Apolo vino;
Que al cóncavo pequeño de un espino
Llegué con este cuerpo á duras penas,
Pagando el hospedaje á sus espaldas,
Con darles el color de clavellinas.